

ENSAYO

MODELOS DE DESARROLLO EN DISPUTA

La discusión sobre desarrollo sustentable busca reinstalar la intervención estatal, pero la agencia del Estado no parece suficiente para transformar los sistemas tecno-productivos. Formas de colaboración abierta pueden complementar los enfoques centrados en el Estado.

Mariano Fressoli y Anabel Marín

Volvió la intervención estatal. La pandemia nos obligó a invocarla de nuevo. Las políticas de austeridad y Estado mínimo que dominaban el discurso antes de la crisis quedaron fuera de sintonía. Las voces que celebraban la primacía del mercado y el nuevo reino del capitalismo financiero se acallaron, o se volvieron más sigilosas.

Las razones son claras. Un Estado presente en la emergencia puede significar la diferencia entre tener un plato de comida o sufrir hambre, entre la salud o la enfermedad, o tener garantizado el acceso a una vacuna o no recibirlas a tiempo, y entre cierta normalidad y el caos que se observa en algunos países.

No es sorprendente que, en el contexto de una crisis sanitaria y económica sin precedentes, los países centrales hayan revertido la tendencia de desinversión estatal. Sí asombra un poco el tamaño de la intervención: en Estados Unidos, el reciente gobierno de Joe Biden acaba de aprobar un paquete de estímulo de 1,9 billones de dólares para acelerar la recuperación económica. Biden también prometió aumentar el presupuesto destinado a ciencia y tecnología de aproximadamente 0,7 al dos por ciento anual del PBI. Por su parte, la Unión Euro-

pea aprobó un Plan de Recuperación de 1,8 billones de euros destinado a reconstruir las economías europeas y orientarlas hacia un modelo de desarrollo más "ecológico, digital y resiliente". A eso se suman las inversiones estatales de diferentes países que alcanzaron porciones importantes de sus PBI. Por ejemplo, de acuerdo al Fondo Monetario Internacional, durante 2020 Japón gastó el 20,9% de su PBI en estímulos fiscales como respuesta a la emergencia generada por la COVID-19, en Brasil se destinó aproximadamente el 12%, en Chile el 4,7%, mientras que en Argentina rondó el seis por ciento. En muchos casos, los paquetes de ayuda son todavía mayores a la inversión estatal posterior a la crisis financiera de 2008. Tal como ilustra un artículo publicado en la revista *Foreign Policy*: "En 2008 el Estado rescató al sector financiero; en 2020 tuvo que rescatar a toda la economía".

El shock de la crisis ha obligado también a cambiar la temporalidad de las políticas. A medida que la crisis se extiende en el tiempo y se comienza a visualizar la escala real de sus efectos, se empiezan a pensar programas a largo plazo y a explorar políticas más creativas. Un ejemplo son las propuestas más ambiciosas que están planteando la posibilidad (y necesidad) de utilizar la intervención estatal para encauzar el desarrollo del sistema capitalista hacia direcciones más sostenibles. El razonamiento es sencillo: si una gran mayoría de empresas privadas están recibiendo (se estima van a necesitar y recibir aún más) ayuda para sobrevivir, por qué no preguntarse qué empresas y actividades son prioritarias y cuáles no. Por ejemplo, ¿tiene sentido rescatar a las empresas petroleras y apoyar un sistema energético obsoleto e impulsor de la crisis climática? ¿Puede utilizarse ese financiamiento para sostener la actividad económica y al mismo tiempo incentivar a las empresas a moverse en direcciones menos contaminantes? La economista italo-estadounidense Mariana Mazzucato sostiene que los gobiernos deben utilizar el financiamiento estatal para orientar la innovación y la producción hacia una economía más sustentable. Los errores del rescate financiero masivo que se realizó durante la crisis de 2008 en el norte global son los que ahora acechan las próximas decisiones.

Palabras clave: intervención estatal, colaboración abierta, desarrollo, participación ciudadana.

Mariano Fressoli¹

Dr. en Ciencias Sociales
mfressoli@unsam.edu.ar

Anabel Marín^{1,2}

Dra. en Estudios de Políticas de Ciencia y Tecnología
amarin@unsam.edu.ar

¹Centro de investigaciones para la transformación (CENIT), CONICET, Escuela de Economía y Negocios, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

²Institute of Development Studies - University of Sussex.



Intervenciones tecnocráticas.

Quizás la idea más fresca que ganó fuerza en los últimos tiempos sea el mentado *Green New Deal*, un pacto para avanzar en la transición hacia energías renovables y generar empleo (ver Glosario). Lo apoyan políticos y políticas con mayor compromiso social, como Alexandria Ocasio-Cortez en el partido demócrata de los Estados Unidos, Jeremy Corbyn del partido laborista británico y una serie heterogénea de representantes de la academia y activistas: desde Mazzucato a Jeremy Rifkin y Naomi Klein. Viniendo del desierto conceptual de la imaginación neoliberal, la idea del *Green New Deal* es realmente tentadora.

Pero una cosa es adoptar estas ideas en el contexto europeo o incluso norteamericano donde activistas, académicos y *think tanks* (ver Glosario) vienen proponiendo desde hace años planes y modelos de desarrollo sostenible y, otra muy distinta, es importar estas ideas sin beneficio de inventario. Sin un contexto de debate público, participativo y plural, la idea del *Green New Deal* puede transformarse rápidamente en un eslogan, un significativo vacío que puede utilizarse para publicitar cambios menores (por ejemplo, la inversión en gas natural en lugar de en petróleo convencional) y desviar la atención de los giros más profundos que se requieren para impulsar las transformaciones radicales del modelo de desarrollo.

En otros términos: si no se discute ampliamente la reconstrucción de la intervención estatal, toda esta situación puede terminar en un aumento solo simbólico del protagonismo del Estado, acompañado de gigantescas transferencias de recursos a las corporaciones que causan muchos de los problemas que necesitamos resolver.

Más que una respuesta, por lo tanto, entendemos que el *Green New Deal* debería ser una gran pregunta sobre qué tipo de Estado queremos y necesitamos en el

siglo XXI, qué tipos de sistemas productivos nos conviene adoptar, cuál es el papel de la ciudadanía en este cambio y cómo enfrentaremos los problemas de la concentración económica y el poder de las grandes corporaciones y los oligopolios, en especial para países como la Argentina, que vienen de años de destrucción de las instancias de intervención económica estatal. Esto es particularmente importante en este momento histórico, además, en el cual la recuperación nostálgica de la intervención estatal parece estar perdiendo de vista algo crucial: para bien y para mal, las cosas han cambiado desde la era dorada del estado de bienestar y las políticas intervencionistas. Las ideas económicas liberales y las socialistas, las aspiraciones democráticas y las autoritarias, en cualquiera de sus combinaciones, deben hacer frente a una realidad muy diferente. Décadas de globalización, posmodernismo, acceso creciente a la información y deslocalización de la producción, no pueden deshacerse por arte de magia.

No importa cuánto invoquemos la vieja intervención estatal, las burocracias del siglo XXI difícilmente puedan re-imponer el fordismo (ver Glosario) económico y cultural. Es obvio que necesitamos urgentemente alguna forma de intervención, cuidado y empoderamiento de las capacidades estatales, sabiendo que la planificación estatal vertical del siglo pasado no resolverá por sí sola los grandes desafíos económicos y ambientales que se avecinan. En un país como Argentina en particular, como muchos otros en desarrollo, cuyas capacidades estatales han sido devastadas por las crisis continuas y algunas áreas de decisión permanecen colonizadas por intereses establecidos, sería una desinteligencia en verdad pedirle al Estado que enfrente solo estos desafíos.

¿A quién recurrimos entonces?

El repliegue de la intervención estatal en muchas regiones -previa a la COVID-19- dejó alarmantes niveles de desamparo para muchas personas, pero también dejó una sociedad civil más organizada. Hoy tenemos cientos de ejemplos de organizaciones sociales que se apropian de las nuevas tecnologías y posibilidades de interacción de maneras innovadoras, para su propio beneficio y el de la sociedad en general.

Sólo tomando algunos ejemplos de la pandemia. Mucho antes de que los gobiernos y especialistas decidieran sobre la utilidad y la obligación de usar tapabocas, miles de personas ya los fabricaban usando tutoriales *online*. Con la infinidad de incertidumbre que generó y genera la pandemia, un número importante de universidades y organizaciones de la sociedad civil comenzaron a organizar encuentros de prototipado (conocidos como *hackathons*) donde cientos de participantes se juntaron de

ENSAYO



Imagen: Wikipedia

Una hackathon, es un término usado en las comunidades hacker para referirse a un encuentro de programadores cuyo objetivo es el desarrollo colaborativo de software, aunque en ocasiones puede haber también un componente de hardware.

manera virtual para fomentar proyectos de innovación social ciudadana como respuesta a la COVID-19. En Argentina, un grupo de científicos y médicos se autoorganizaron para responder dudas sobre la COVID-19 a través de *Instagram* y *Twitter* bajo el nombre @coronaconsultas. Más recientemente, el investigador de CONICET, Jorge Aliaga, adaptó un diseño de medidores de CO₂ que permite controlar la calidad del aire que respiramos y señalar cuándo es necesario ventilar los ambientes, utilizando componentes disponibles en Argentina y código abierto (ver Glosario). El diseño se empezó a fabricar en la Universidad Nacional de Hurlingham, pero se puede descargar y replicar libremente.

En todo el mundo florecen iniciativas como *Open Source Ventilator*, *Open Source COVID-19 medical supplies* y *Open COVID Pledge*, que buscan diseñar y fabricar de forma abierta respiradores artificiales, válvulas, y otros insumos médicos. Existe incluso una iniciativa para el diseño de una vacuna de licencia abierta coordinada por la *Open Source Pharma Foundation* que cuenta con el apoyo de la Escuela de Medicina de Harvard y el gobierno de la India.

Todas estas soluciones, y muchas más, proliferan gracias a miles de recursos digitales -gran parte de ellos gratuitos- que nos permiten comunicarnos, aprender y resolver problemas de forma accesible. Tres décadas de Internet han incubado un enorme acervo de información, infraestructura y prácticas digitales diseñadas para la creación colectiva, abierta y descentralizada. Gigantescas redes de decenas de miles personas que colaboran de forma voluntaria han construido iniciativas fundamentales para nuestra vida cotidiana, como la *Wikipedia* y el sistema operativo *Linux*, usado por la mayoría de las redes informáticas del mundo. Otras están en construcción y creciendo, como los movimientos de *open source* en semillas (por ejemplo

Open Source Seed Initiative en Estados Unidos o *Bioleft* en Argentina, entre otras), que se construyen como alternativas concretas frente a la creciente concentración de los mercados de semillas, que está llevando a pérdidas irreversibles en la diversidad social, cultural y biológica. O el movimiento de *hardware* abierto para la ciencia (*Gathering of open science hardware* o GOSH según sus siglas en inglés) que promueve la construcción de equipamiento científico a bajo costo para facilitar su acceso en lugares en los que no pueden pagarse, así como la democratización del conocimiento científico.

La colaboración abierta también está cambiando el mundo de la ciencia a una escala sin precedentes. En la que se denomina hoy "ciencia ciudadana", la colaboración voluntaria de cientos de personas ayuda a recolectar, clasificar y analizar datos con resultados asombrosos en disciplinas como astronomía, biología o ecología. Algunas de estas experiencias como *eBird*¹ -una iniciativa de avistaje de aves que también tiene su capítulo local: *eBird Argentina*- reúnen cientos de miles de voluntades a nivel global.

El resultado de la suma de esas voluntades es una creciente inteligencia colectiva: un bullicioso bazar -como señala el hacker y antropólogo Eric Raymond- donde el conocimiento, la inspiración, la creatividad y la innovación están crecientemente distribuidos entre grupos diversos de la sociedad (empresas, academia, organizaciones de la sociedad civil). Desde hace tiempo, las nuevas formas de organización han comenzado a atender múltiples desafíos sociales asociados a la creciente desigualdad y las crisis climáticas que, ni el Estado ni la mayoría de las empresas privadas, han atendido directamente y de forma decidida. Y en relación a varios de estos temas, estas respuestas descentralizadas han mostrado una capacidad para aprovechar las oportunidades abiertas por las nuevas tecnologías, superior a la de las burocracias privadas o estatales, que han sido incapaces de capitalizarlas rápidamente.

Algunas de estas iniciativas han recibido y reciben apoyo significativo -directo e indirecto- de fondos públicos. Sin embargo, lo que las caracteriza y distingue de las iniciativas administradas e implementadas desde el Estado, es su carácter descentralizado, distribuido y participativo, que las hace más democráticas, eficientes y potencialmente más justas.

Cómo aprovechar el potencial de la multitud

El primer paso para aprovechar el potencial de la inteligencia colectiva es reconocer sus aportes. En lo que sigue señalamos tres elementos clave de las iniciativas

¹ Para más referencias se puede leer "Más vale pájaro en eBird" en este mismo número.

colaborativas que pueden enriquecer la acción del Estado y de la sociedad en general.

En primer lugar, la colaboración abierta se caracteriza fundamentalmente por el uso de licencias abiertas y bienes comunes. En un momento en el que sufrimos la tragedia de tener el conocimiento para el desarrollo y producción de vacunas que pueden salvar millones de vidas, pero no accedemos a ellas debido a la difusión y utilización de formas estrictas de derecho de propiedad intelectual, la discusión de las patentes y la adopción de prácticas abiertas adquiere cierta urgencia. Varias experiencias (como el uso de código abierto y la promoción de la ciencia abierta) demuestran que el Estado y las grandes empresas ya saben cómo explotar positivamente los recursos cognitivos de los comunes colaborativos. Pero explotar no es lo mismo que generar espacios e instituciones para que la cultura abierta florezca y se expanda. En este sentido, si queremos beneficiarnos de la inteligencia colectiva necesitamos entender que una cosa no funciona sin la otra: la capacidad creativa de la colaboración abierta no resulta sustentable si no se respetan los bienes comunes que ella produce. Lo que es común tiene que permanecer de este modo, y es necesario desarrollar nuevas ideas e instituciones que faciliten la sustentabilidad económica de las iniciativas.

El segundo punto es la participación. La colaboración abierta y la producción de pares funciona en tanto la gente participa, debate y contribuye con ideas. El “mantra” de la colaboración abierta es que todas las personas pueden aportar sus ideas para mejorar una enciclopedia, un registro de especies, el diseño de una política y tantas cosas más. En este punto no es raro que desde cierta óptica estatal prevalezca la resistencia a los modelos abiertos y participativos. Buena parte de las instituciones estatales se basan en estructuras que privilegian el diseño de soluciones *top-down* (ver Glosario), formas de transparencia más bien limitadas y desconfianza frente a los aportes que pueden hacer especialistas no certificados. Cambiar esta cultura llevará tiempo y un sinnúmero de aprendizajes institucionales.

Justamente porque incluir la participación no es un proceso automático sino más bien parte de un cambio de paradigma organizacional, es preciso diseñar nuevos arreglos institucionales y generar espacios que experimenten con nuevas formas de producción colaborativa dentro de (o en asociación con) el ámbito estatal. El Estado - y sobre todo las universidades públicas y los laboratorios de investigación- tienen mucho para ganar en términos de aprendizaje si habilitan la participación en áreas como *hardware* libre, ciencia ciudadana, semillas abiertas, laboratorios ciudadanos, entre otros. La participación puede parecer desordenada si no se cuenta con

buenos modelos de gestión del conocimiento. Pero ese “desorden” representa un reservorio gigantesco de ideas y nuevas formas de mirar los problemas. Lejos de ser un lastre, miles de personas con intereses diferentes colaborando juntas pueden superar con creces las limitaciones de los “silos de pensamiento experto” (ver Glosario) a los que nos tienen acostumbrados las instituciones estatales.

El tercer punto es la capacidad que tienen los colectivos y activistas de la cultura abierta para imaginar nuevas formas de desarrollo. La crisis que vivimos es también una crisis de la imaginación, de falta de alternativas. Y ante el desierto de ideas se empiezan a reciclar viejas políticas como si fueran los grandes *hits* de Hollywood. Pero, que ciertas ideas sobre el Estado y el desarrollo hayan tenido resultados en el pasado, no significa que puedan funcionar bien en este momento. Y ya sabemos que las segundas partes no siempre son buenas.

Los comunes colaborativos han creado, a través de sus prácticas, manifiestos y arreglos institucionales, toda una nueva mentalidad que desafía mucho del sentido común sobre la innovación, el desarrollo económico y nuestra relación con la naturaleza. Sus ideas promueven la autonomía de las personas, la producción distribuida de tecnologías y bienes, el rechazo de los monopolios, el desafío a la obsolescencia programada y toda una ética del cuidado del medio ambiente y la relación con otras especies. La capacidad que tienen estas ideas para generar un nuevo imaginario socio-técnico y renovar los debates sobre desarrollo y sustentabilidad es quizás uno de los puntos menos comprendidos por las instituciones estatales. En un momento en el cual la vuelta de la intervención estatal se basa principalmente en ideas que ya se discutían en la década del ‘60, el imaginario colectivo de la colaboración abierta permite aprovechar mejor las nuevas oportunidades tecnológicas y de conocimiento, y avizorar formas institucionales más a tono con los desafíos globales que vienen.

Un Estado para la inteligencia colectiva

La vuelta del Estado interventor -necesaria e inevitable, como muestra la pandemia- enfrenta entonces una extraña paradoja. Mientras que, como señala el investigador de CONICET Mariano Zukerfeld, las grandes corporaciones digitales globales explotan cognitivamente a millones de ciudadanos y colectivos sociales, extrayendo valor de sus búsquedas *online*, sus datos, fotos y recuerdos, sus evaluaciones sociales y sus afectos, las organizaciones estatales continúan desconfiando de las instancias participativas y desaprovechando en gran medida la colaboración abierta y las experticias que ya tiene la ciudadanía.

Quizás sea tiempo de empezar a debatir qué es lo que realmente puede hacer el Estado y en qué áreas puede

ENSAYO

aprender de las capacidades de la sociedad civil, las iniciativas de los comunes colaborativos y los movimientos sociales. Es hora de que los organismos estatales y el pensamiento económico empiecen a dialogar y a tomar en serio estas alternativas. Abordar algunos de los desafíos más significativos que enfrentamos, como la emergencia económica y la crisis climática, va a requerir combinar la capacidad de intervención estatal con pluralidad, conocimiento distribuido e inteligencia colectiva.

Para salir del laberinto, las organizaciones estatales -y en particular aquellas dedicadas a la investigación y la producción de conocimiento: universidades, laboratorios públicos de investigación, empresas públicas- deben aprender a pensar con otros. Y estos otros no pueden ser simplemente los especialistas sospechosos de siempre. Crear espacios participativos abiertos a otras voces y experticias no resulta sencillo. Pero más que un desafío técnico, la apertura de la participación es un desafío sociológico y cultural: requiere invertir en el desarrollo de nuevas metodologías y prácticas de participación y gestión del conocimiento por fuera de la zona de confort de las instituciones públicas. No hacer nada implica profundizar la tensión existente entre las decisiones tecnocráticas del Estado y el deseo de participar que se observa en la sociedad civil.

Nadie quiere abandonar la capacidad de respuesta del Estado, pero es preciso repensarlo para que pueda aprovechar y potenciar las alternativas colaborativas. Es momento de entender que sin la intervención estatal no se puede, pero con ella sola no alcanza.

Glosario

Código abierto (open source, en inglés): modelo de gestión de *software* que impulsa la colaboración amplia entre diferentes personas e instituciones. El código abierto permite copiar, modificar, estudiar y distribuir el *software* pero no necesariamente venderlo o cerrarlo a otras perso-

Resumen

La pandemia por COVID-19 obliga a reconsiderar el papel del Estado y su escala de intervención. La vuelta de la intervención estatal también es oportunidad para re-direccionar la economía hacia direcciones más sustentables. Pero, ¿es posible repensar el Estado sin considerar las nuevas configuraciones de la sociedad civil en una era de abundancia de información y herramientas digitales? En este artículo argumentamos que, lejos de ser un problema, las nuevas formas de colaboración abierta y desarrollo de bienes comunes pueden enriquecer la acción estatal y contribuir a diseñar soluciones para los desafíos globales que se vienen.

nas. Para establecer los límites de lo que se puede hacer con el código en general se utilizan licencias abiertas como *Creative Commons* u otras similares.

Fordismo: sistema de gestión de la producción basado en el uso central de la línea de montaje y la integración vertical de la producción. Inventado por Henry Ford a comienzos del siglo XX, el fordismo transformó la economía en base a la provisión de productos estandarizados y producidos a gran escala para el consumo masivo.

Green New Deal: propuesta de políticas públicas originadas en busca de recuperar el papel del Estado interventor para orientar la economía hacia formas de producción sustentables, generación de empleo y reducción de la pobreza.

Silos de pensamiento experto (o silos organizacionales): refiere a espacios de trabajos cuya cultura organizacional impide colaborar con otros equipos y compartir información. Los silos organizacionales suelen presentar dificultades para adoptar puntos de vista externos a la organización, reforzando así las tendencias tecnocráticas.

Think tanks: instituciones privadas que se dedican a la formulación de políticas y formación de opinión en temas de interés público. Las *think tanks* son clave en el desarrollo de nuevas ideas y escenarios estratégicos por fuera de las urgencias de la gestión.

Top-down: literalmente significa desde arriba hacia abajo. Se trata de un enfoque de gestión del conocimiento o la innovación que promueve la toma de decisiones y el diseño desde posiciones gerenciales o centradas en determinados tipos de experticia. Su opuesto son los enfoques *bottom-up* (desde abajo hacia arriba) que buscan distribuir la toma de decisiones de forma más horizontal.

Para ampliar este tema

Benkler, Y (2015). *La riqueza de las redes: Cómo la producción social transforma los mercados y la libertad*, Icaria Editorial.

Bregman, R (2017). *Utopía para realistas. A favor de la renta básica universal, la semana laboral de 15 horas y un mundo sin fronteras*, Ed. Salamandra

Gerbaudo, P. (2021). "Big Government is back", publicado en *Foreign Policy* el 13 de febrero de 2021. Disponible en <https://foreignpolicy.com/2021/02/13/big-government-is-back/>

Mazzucato, M. (2014). *El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*, RBA libros.

Raymond, E. S. (1999), *The Cathedral and the Bazaar. Musings on Linux and Open Source by an Accidental Revolutionary*, O'Reilly Media.

Rifkin, J. (2019). *The Green New Deal: Why the Fossil Fuel Civilization Will Collapse by 2028, and the Bold Economic Plan to Save Life on Earth*, St Martin's Press.